

Esbozos de una construcción de la finitud en los mayores de ochenta años: de la negación a la aceptación

Sketches of a construction of finitude in people over eighty: from denial to acceptance

Paula Pochintesta¹

RESUMEN

El objetivo del presente trabajo fue analizar la idea de la negación de la muerte en su intersección con el envejecimiento. Se discute la idea de negación a partir de los desarrollos de Ariès, Thomas y Elías. Se revisa además la concepción de la muerte en el mundo actual retomando la idea de negación para ponerla en correspondencia con algunos testimonios obtenidos en el trabajo de campo. Utilizando la entrevista en profundidad, en un contexto local y contemporáneo, se explora la articulación entre la significación de la muerte, la idea de finitud y el envejecimiento en los mayores de 80 años. Los hallazgos indican que en la construcción de la finitud impera la aceptación, no ya como un destino fatal sino como parte de la vida. Se desea evitar el sufrimiento y el dolor configurando el modelo de una muerte rápida, efímera e indolora. Por último, se concluye que la organización del final de la vida comprende un proceso, tanto inter como intrasubjetivo, que se aleja de la concepción de la muerte como tabú.

Palabras clave: Finitud; Envejecimiento; Muerte; Mayores de 80 años.

ABSTRACT

The aim of this study is to analyze the idea of death denial at its intersection with aging. The idea of denial is discussed through the developments of Ariès, Thomas, and Elias. The conception of death in the world today is also reviewed. Then, the idea of denial is retaken and brought into correspondence with some evidence obtained in the field. Using in-depth interview and within a local and contemporary context, the relationship between signification of death, the idea of finitude and aging in people over 80 years are explored. Findings indicate that in the construction of finitude prevails acceptance, not as a fatal destiny but as part of life. People under study wish to avoid suffering and pain by setting the model of a good death: rapid, ephemeral and painless. Finally, it is concluded that organization of the end of life includes a process, both inter and intrasubjective, away from the concept of death as taboo.

Key words: Finitude; Aging; Death; People over 80 years old.

INTRODUCCIÓN

La sociedad actual ha obstaculizado la posibilidad de afrontar la muerte e intenta evitarla por cualquier medio. La incertidumbre se revela como un signo temerario en la época contemporánea y es a menudo alimentada por la ciencia y tecnología. Considerando que vivimos en una “sociedad del

¹ Programa “Envejecimiento y Sociedad”, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Ayacucho 555, tel (54)11-52-38-93-00, interno, 349, Buenos Aires, Argentina, correo electrónico: p_pochintesta@hotmail.com. Artículo recibido el 21 de enero y aceptado el 24 de abril de 2011.

riesgo”, se intenta controlar la muerte mediante las tecnologías médicas (Guiddens, 1998). En efecto, cada vez más los procesos físicos son afectados por alguna tecnología; no obstante, la muerte continúa siendo una frontera incierta a pesar de que, con frecuencia, se le presenta junto a la vejez. En la sociedad del riesgo, la vida ya no se vive como destino; de este modo, se considera que la tradición ya no está enlazada a la idea de destino. Vivimos una sociedad cada vez más preocupada por el futuro. En este contexto, se pretende un mayor control corporal desde el nacimiento a la muerte. El avance de las técnicas, la urbanización y el proceso de industrialización han producido cambios en los modos de vivir, de afrontar y de concebir el proceso de morir, promoviendo además una creciente desvalorización de los ritos funerarios (Kovács, 2008)². La idea de una muerte tabú ha sido trabajada desde mediados de siglo XX y se ubica allí donde la sexualidad le cede el lugar de lo prohibido, vedando todo aquello que la rodea (Gorer, 1965). En su dimensión existencial, antropológica, el hombre es reactivo a la idea de su propia muerte; aun cuando la acepte, siempre está dispuesto a hacer concesiones para seguir viviendo y no abandonar lo que ha logrado en cuanto a su individualidad.

En un mundo donde la esperanza de vida se ha elevado, la muerte se va desplazando hacia el último tramo vital. Es así que se construye una relación estrecha entre muerte y envejecimiento (Durán, 2004). La pérdida de los padres y amigos refrendan la idea de la propia muerte a partir de la segunda mitad de la vida; de este modo, se evidencia como un evento significativo, muy mencionado luego de los 75 años (Gastrón, Oddone y Lynch, en prensa). Se asocia a la vejez con una muerte “natural”, aunque difícilmente la muerte pueda ser natural para el hombre contemporáneo, dado que siempre se identifica una etiología o *noxa* orgánica responsable del padecimiento que la produce. La enfermedad se coloca en el centro de la escena y se le intenta contrarrestar con estrategias médicas, farmacológicas o espirituales. Según un estudio español, *el canon de la buena muerte* su-

pone una muerte indolora, instantánea, inconsciente, en compañía de los seres queridos, en el propio hogar y a una edad avanzada (Marí-Klosé y Miguel, 2000).

Frente a la cercanía de la muerte se pretende evitar el dolor, aspecto que probablemente se emparenta con la merma de la capacidad de soportar el sufrimiento hoy día. El dolor existe desde que el hombre ha dejado sus huellas en la tierra: es el síntoma más antiguo (Krivoy, Tabasca, Adelaide y Díaz, 2010). La posibilidad de aliviar el dolor es uno de los desafíos permanentes que el hombre enfrenta y sus descripciones se remontan a la antigüedad, cuando el peso de lo religioso y lo mágico era mayor; pero aún hoy, cuando pueden describirse sus bases biológicas y aliviarse a través de la vigilancia médica y farmacológica, sigue despertando temor.

Volviendo sobre la relación entre la muerte y la vejez, se analiza en los apartados siguientes cómo fue estudiado ese binomio; especialmente, haciendo hincapié en la idea de negación. Después, tal concepto se pone en conexión con el trabajo de campo.

Acerca de la ausencia de una historia de la vejez: del deslizamiento del sentido de vejez igual a muerte

La vejez no fue del todo valorada en la sociedad cristiana medieval sino hasta los comienzos de la modernidad (Ariès, 1983)³. Se asocia al hombre viejo con el retiro. Este tipo de representación es propia de la burguesía. Lo que se advierte es la existencia de un tiempo latente entre la muerte y el retiro de la vida social. En los momentos del retiro, el anciano se aboca al arte, el estudio y la piedad; de este modo, la imagen del viejo sabio se conjuga con la del viejo senil. Pero, en general, en la Edad Media la vejez deviene un objeto de degradación.

² Este contexto favorece la aparición de factores de riesgo en la vejez, como la soledad, el aislamiento y una mayor fragilidad. La historia de pérdidas, el apoyo familiar y el estado de salud son aspectos importantes a considerar cuando se atraviesa el duelo en la vejez (cfr. Alves y Gelehrter, 2008; Gamo y Pazos, 2009).

³ Esta entrevista que Nicole Benoit-Lapierre (1983) le hace a Philippe Ariès pone de relieve la falta de una historia de la vejez. Hasta ese momento, en Francia no había estudios historiográficos sobre este tópico, tal como lo destaca el entrevistado. Llamativamente, cuatro años después de esta publicación, en 1987, Georges Minois publica el libro *Histoire de la vieillesse, De l'antiquité à la Renaissance*, cuyo prólogo fue confeccionado por Jean Delumeau, quien advierte oportunamente sobre la importancia que se augura a la vejez en el futuro.

La presencia del frecuente conflicto entre los jóvenes herederos y los viejos propietarios denota un contexto de lucha de poderes que, en ocasiones, motivaban los crímenes familiares. Este paisaje esboza de forma sucinta el lugar de la vejez en el periodo previo a la modernidad.

La segunda época, planteada por Ariès (1983, 1987) para pensar la historización de la vejez, ubica al viejo en un lugar más valorado, pues se erige la imagen del viejo noble. No obstante que se enaltece al viejo patriarca cuyas canas se tornan un símbolo de dignidad y nobleza, no hay referencias a otras posibles representaciones de la vejez. La relación que se expresa es aquella que une la imagen del viejo con la de la familia, y la hipótesis de la simetría entre la historia de la infancia y la de la vejez se pone de relieve. Esta tesis se basa en la degradación que sufren de forma paralela tanto el viejo como el niño. En contraste, se destaca la figura de los adultos jóvenes, quienes protagonizan la vida social. Es en la época romántica de los siglos XVII y XIX que se afianza el lugar del viejo en la familia, pues acompaña este movimiento una pequeña extensión de la expectativa de vida, y ya hacia fines del siglo XIX que el viejo se hace parte de una concepción de familia tal que se considera más importante que el propio individuo.

Desde fines de ese siglo se establece una distinción entre tres generaciones que cambian radicalmente el lugar de la vejez, a saber:

La generación de 1830 a 1850 va delineando la idea del retiro, sobre todo en las familias burguesas. Hombres y mujeres viejas visten uniformemente ropas oscuras. Se observa un refuerzo de la piedad en los más cristianos y de las ideas morales en aquellos viejos laicos. El abandono de la actividad laboral es aceptado, aunque no existe aún el sistema previsional que actualmente condensa la dupla retiro-jubilación.

En la anteúltima década del siglo (1880-1890) se consolida la generación del "progreso"; es un momento en el cual la concepción de vejez va a cambiar radicalmente. La idea de vencer la vejez se comienza a esbozar en el seno de esta generación dada la gran esperanza que se deposita en la ciencia. Los avances de la medicina se califican como triunfos sobre la vejez. Entrado ya el siglo XX, los que nacieron entre 1910 y 1920 pertenecen a la generación que accederá a la jubilación,

cambio que instituye el momento del retiro⁴, si bien algunos podrán gozar de muchos años dedicados a los placeres lograda la jubilación. Al mismo tiempo, la niñez quedará relegada por la sobrevaloración de la adolescencia. En el mundo laboral, la amenaza de incompetencia comienza a hacerse presente cada vez más para el viejo. En una sociedad donde los cambios ocurren a gran velocidad, el capital de la experiencia de los viejos se devalúa, sobre todo cuando debe competir con los más jóvenes.

La tesis principal de la *triple negación* que propone Ariès se compone de la negación de la vejez, de la infancia y de la muerte. Los puntos que hilvanan la muerte y la vejez caen bajo la égida de la negación o el rechazo. El planteamiento historiográfico que realiza el autor sobre la vejez acompaña sus desarrollos teóricos sobre las transformaciones familiares, en especial las ligadas a la infancia; esto es, propone un paralelo entre la historia de la infancia y la de la vejez.

Las lecturas sobre el proceso de envejecer se sostienen en una relación de continuidad, un deslizamiento de sentido entre el envejecer y el morir. Estas perspectivas introducen sesgos respecto de cómo es entendida la vejez y cómo se focalizan en los déficits⁵. No queda otra opción al viejo más que esperar la muerte, presa de un momento de solapamiento y prohibición del duelo, de tecnificación

⁴ El momento del pasaje a la jubilación puede pensarse según la lógica de los ritos de institución. En efecto, los espacios sociales por los que circulan los adultos mayores están establecidos por esta línea divisoria que deriva en lecturas dicotómicas, como lo muestran las siguientes oposiciones: joven/viejo, activo/pasivo o productivo/improductivo (cfr. Bourdieu, 1985).

⁵ Una de las teorías contemporáneas a la época y que ha gozado en su momento de una gran aceptación es la llamada teoría de la desvinculación, cuya tesis principal avala un proceso de retiro gradual respecto de las actividades y roles que ha ocupado el sujeto en la sociedad. La actitud de retirada y desasimiento vincular, se considera según esta teoría parte del "envejecimiento normal". De este modo, se esperaría que las personas emprendan una separación voluntaria para esperar su muerte. Desde el punto de vista social, la teoría de la desvinculación contribuye al cambio en la sociedad al permitir a las jóvenes generaciones retomar los espacios liberados por los que se están retirando (cfr. Cumming y Henry, 1961). En años posteriores, esta teoría ha recibido fuertes críticas por responder a una lógica que no considera el papel activo que tienen muchos adultos mayores, que modifican y emprenden nuevos roles en la última etapa de la vida así como también excluye la importancia de las interacciones sociales en la vejez. Por otro lado, se ha señalado la dificultad de generalizar estas conclusiones fuera de la sociedad estadounidense.

de la muerte y de ocultamiento de las emociones⁶. Si bien se consideran los cambios generacionales, se insiste de todas maneras en la desvalorización de los viejos junto a los niños, y a la muerte como fenómeno.

¿Es ya la vejez una muerte social?

La antropología de la muerte es una obra vasta que pretende abordar la muerte desde una cosmovisión universal. En efecto, la muerte se analiza desde sus dimensiones social, cultural, biológica, histórica y semiológica. Thomas (1975/1993), por ejemplo, propone comparar las concepciones del África negra y las perspectivas occidentales sobre la muerte. En cuanto al análisis del envejecimiento y la muerte, el problema se plantea en términos exclusivos de déficits y pérdidas; en consecuencia, la *muerte social* es entendida como el pasaje a la jubilación o la institucionalización del viejo en el asilo. El viejo occidental es definido con base en una lógica anclada en la productividad e independencia, valores propios del mundo capitalista. Tal como advierten Rice, Lockenhött y Carstensen (2002), pensar a la vejez desde los valores imperantes en Occidente sólo puede derivar en una lectura negativa, imposibilitando atender los aspectos positivos de la vejez (sabiduría, desarrollo del pensamiento posformal, creatividad y trascendencia) en los que se han desarrollado líneas fecundas de investigación gerontológica en los últimos veinte años (Baltes y Mayer, 1999; Dixon, 2002; Labouvie-Vief y DeVoe, 1991; Mather y Carstensen, 2005).

La oposición que plantea Thomas (1975/1993) entre sociedades occidentales y “arcaicas” revalora estas últimas, en las que el viejo es portador de sabiduría, de poderes mágico-religiosos y de los secretos de sus ancestros. En esta *cultura de la oralidad*, el viejo encarna una figura de prestigio, pues reproduce el arquetipo del sabio o del patriarca y se convierte en el garante de la tradición y en un intermediario entre el mundo terrenal y el más allá. Merece la pena destacar que no son todos los viejos los que connotan estos valo-

res, sino solo aquellos que poseen riquezas y aún conservan su salud.

La muerte del viejo en África se explica por causas mágico-religiosas y es vivenciada con mucho dolor puesto que la sociedad ha invertido numerosos recursos en el desarrollo de esa vida. Las exequias se preparan con mucha anticipación y son de gran exuberancia pues representan una renovación de la sociedad. La idea que subyace es la de la muerte como pasaje, por lo cual puede explicarse la aceptación realista de los viejos africanos frente a la inminencia de la muerte. Morir es renacer en otro, a la vez que es reencontrarse con los antepasados; no obstante, la incertidumbre del más allá es también fuente de temor, así como la idea de ser castigado por haber obrado mal, cuya consecuencia puede ser que quede errante el alma. Se teme morir alejado del sitio de origen debido a la gran atención que reciben las ceremonias funerarias. Pero los miedos del viejo africano se vinculan más bien con el abandono de sus allegados y con el temor de ocasionar un desequilibrio en el orden social.

Según Thomas, la vejez en Occidente aparece como un fenómeno destacado en el siglo XVIII, y contribuyen a ello diversos factores, tales como las mejores condiciones de higiene, los cambios en la calidad de vida, el progreso de la medicina, el control de la natalidad y el aumento de la esperanza de vida. En un contexto donde se afianza la industria y la técnica se vuelve una herramienta indispensable para la vida, las relaciones sociales se transforman al ritmo de los cambios de la economía y las finanzas y los viejos empiezan a ser considerados poco útiles y comienza la construcción de los miedos modernos, entre los cuales se encuentra el de envejecer (Olvera y Sabido, 2007). ¿Qué lugar puede otorgarse a la vejez en la sociedad capitalista occidental? Si se cae en la trampa de leer a la vejez según los parámetros de la juventud, se adivina que los viejos quedarán exiliados de la vida social, *socialmente* muertos. Con esta afirmación se promueven los prejuicios “viejistas”⁷

⁶ Estas características de prohibición y negación de la muerte dominan el panorama del hombre occidental en el siglo XX; tal tipo de actitud fue denominada por el autor como “muerte invertida”.

⁷ La vejez ha sido y es fuertemente vinculada a la enfermedad; esta ecuación simbólica de vejez igual a enfermedad se ha condensado en la noción de ageism (Butler, 1975). Este concepto se tradujo como “viejismo”, y se define como un “conjunto de prejuicios, estereotipos y discriminaciones que se aplican a los viejos simplemente en función de su edad” (Salvarezza, 2002).

sin dar oportunidad a otras miradas menos condenatorias sobre el proceso de envejecimiento.

Las tesis de Thomas (1975/1993) acerca de la relación entre muerte y vejez coinciden, en parte, con la propuesta de Ariès (1975/2007), en tanto reafirma la negación de la muerte en Occidente que no excluye a los ancianos. Este proceso de negación, inducido por la creciente medicalización de la muerte, transforma la concepción de la muerte “natural”. Es así que solamente se muere de algo. La atribución a una causa conocida es producto del avance de las ciencias médicas, que identifican la etiología de la muerte y producen una sensación de mayor control y previsión. Se halla implícito en este planteamiento un juicio valorativo en favor de las culturas del África negra, que contrastan sobremanera con las formas occidentales de entender, afrontar y comprender el proceso de morir.

Plantear el proceso de envejecimiento enfatizando exclusivamente las mermas, excluye la posibilidad de entender al envejecimiento como un proceso diferencial tanto de pérdidas como de ganancias. Actualmente, hay consenso sobre lo que plantean los postulados del paradigma del curso de la vida, concluyendo que existen distintas formas de envejecer. Se consideran de este modo ciertos efectos de cohorte y cambios culturales, sociales e históricos que impactan en los cursos vitales y determinan las trayectorias singulares (Oddone y Gastrón, 2008).

Soledad, envejecimiento y muerte

Elías (1989) introduce el problema de la muerte haciendo luz sobre el aislamiento y la soledad que los moribundos padecen ante su proximidad. El análisis sociológico que propone se enmarca en las coordenadas de sus trabajos sobre el proceso de la civilización. Hay una serie de factores que poco a poco han causado un aislamiento general de la muerte como fenómeno social de relevancia, entre los que destacan el avance de la técnica, la institucionalización de la muerte y su “privatización”, con el resultado evidente: en las sociedades desarrolladas se muere en soledad.

A diferencia de las sociedades preindustriales, donde la esperanza de vida era mucho menor y el proceso del morir era un fenómeno público, las industriales evidencian un aislamiento paulati-

no de los moribundos favorecido por el proceso civilizatorio. Uno de los factores que impulsan tal asilamiento es la pacificación interna de las sociedades; es decir, al alejamiento del clima de guerra se suman el sentimiento de embarazo⁸ y la antipatía que despierta la cercanía de los moribundos. En este contexto, el hecho mismo de morir se vuelve violento y difícil de aceptar.

Un punto a destacar que aporta originalidad al análisis es el lugar que el autor otorga a las concepciones sobre la “naturaleza”. En un mundo donde el conocimiento se tradujo en un mayor control sobre los procesos corporales, la muerte y el envejecimiento se leen como amenazas sobre ese control. En este sentido, llegar a viejo significa perder el control de sí mismo. Se advierte sobre los límites que la naturaleza instaure, los que, lejos de lo que el hombre occidental cree, no siempre proceden de modo conveniente para los seres humanos; de esta manera, los deseos de inmortalidad se diluyen puesto que la finitud no es controlable. Se agrega por último el grado de individualización que lleva a la construcción de un sí mismo, individual, autónomo y capaz de fijarse metas que le dan sentido a esa vida. En suma, todos estos factores dificultan la identificación con los viejos y moribundos.

Un dato al cual es preciso atender es el propio envejecer del autor como referencia. Elías (1989) afirma que vive en carne propia la dificultad de identificación de los más jóvenes con él: “Ahora yo mismo soy viejo; conozco desde el otro lado, como si dijéramos, lo difícil que es para la gente joven o de edad mediana comprender la situación y experiencia de los viejos” (p. 87). En un intento por comprender cómo y por qué los moribundos emprenden su despedida en soledad, ese autor formula algunas críticas a las actitudes planteadas por Ariès (1975/2007) arguyendo que el historiador solo realiza una descripción, pero no explica el por qué del cambio. Se suma a estas observaciones la idealización de la muerte domesticada en sociedades medievales, en las que la situación de violencia y la falta de pacificación interna del Estado es-

⁸ Según el Diccionario de la Real Academia Española, el sentimiento de embarazo puede definirse como una sensación de engorgamiento y falta de soltura en los modales o en la acción.

tán lejos de ofrecer una muerte “buena”⁹. Hay acuerdo en lo referente a la vivencia del morir como un acto público, aspecto que se fue privatizando con el “empuje civilizatorio”. Los cambios en cuanto a la protección de las enfermedades promueven la concreción de una muerte estrictamente higiénica; por otra parte, la informalización y la secularización de las rutinas funerarias son dos procesos que llevan a incrementar la soledad de los moribundos. Cabe aclarar que pese a la crítica sobre la falta de explicación dirigida a Ariès, Elías no profundiza sino que aplica un esquema ya preconcebido del proceso civilizatorio y sus estadios para analizar el fenómeno de la muerte.

En torno a las concepciones sobre la vejez, no existen diferencias sustantivas en el planteo de los autores antes mencionados. En los tres análisis (Thomas, Ariès y Elías), las concepciones sobre el envejecimiento se hallan ancladas en la degradación y el deterioro.

En relación a la muerte como proceso, existen diferencias entre la propuesta de Ariès (1975/2007) y Thomas (1975/1993). Ambos autores, de alguna forma, realizan un juicio valorativo en sus razonamientos por el que intentan mostrar y destacar algunas diferencias: Ariès toma claramente una posición a favor de la muerte en tiempos pasados –según la descripción de la muerte domesticada–, y Thomas idealiza la muerte en las culturas africanas en contraposición con la muerte en Occidente. Tal puesta en valor de las diferencias permite advertir, en un ejercicio hermenéutico, qué se destaca, cómo se argumenta y en qué orden se lo explicita.

Elías intenta desligarse de esas oposiciones para poner el acento en la denuncia frente a la soledad de moribundos y viejos, que explica como un efecto del empuje civilizatorio. A pesar de que

los modelos no son del todo similares, el diagnóstico es el mismo: en la segunda mitad del siglo XX se muere a solas y la muerte se vuelve un evento del mundo privado, en todos los sentidos que esa palabra connota: privado del duelo, privado de la expresión emocional y privado de la compañía. Cambia, al mismo tiempo, la concepción de la buena muerte: se prefiere morir de forma rápida y sin sufrimiento (Castrá, 2003). Sin desconocer que estos trabajos ponen de relieve tópicos poco trabajados en las ciencias sociales, también es preciso revisar los supuestos desde los cuales se parte para analizar la vejez¹⁰. Si los discursos científicos cristalizan y confirman para los viejos un lugar en los márgenes, liminal –para decirlo con Turner (1969/1988)–, se obtura la oportunidad de concebir a los adultos mayores como un colectivo empoderado, capaz de decidir, de actuar y de ser también un protagonista de la vida social.

El paisaje retratado en aquellos años se fue acentuando en relación al envejecimiento demográfico. Sus consecuencias políticas y económicas no son menores. Los cambios asociados al envejecimiento de la población comienzan a ser un asunto de Estado, en relación a la demanda de políticas sociales –previsionales, sanitarias y comunitarias– específicas para hacer frente a esas transformaciones. En síntesis, los tres autores proponen una visión de la vejez como déficit, y de la muerte como un proceso que se ha negado y aislado a partir del siglo XX (para comparar los conceptos clave, véase la Tabla 1).

Cabe también señalar que no se trata el tema de la construcción de la finitud desde la voz de los propios viejos. En el siguiente apartado se exponen brevemente algunos ejes para pensar cómo se construye la idea de muerte propia y el envejecimiento en las personas mayores de 80 años.

⁹ La crítica enfatiza el juicio de valor que realiza Philippe Ariès (1975/2007) respecto de la buena muerte correspondiente a la muerte “domesticada” frente a la negación de la muerte en el siglo XX: “De poco sirve pintar el cuadro blanco y negro que correspondería al sentimiento de que todo tiempo pasado fue bueno; todo presente es malo. La cuestión primordial a dilucidar es cómo fue en realidad, por qué fue así y por qué ha llegado a ser como es. Una vez en nuestras manos las respuestas, quizá estemos en situación de hacer un balance valorativo” (Elías, 1989, p. 25).

¹⁰ En el momento histórico social –los años 70 y principios de los 80– en que se publicaron estos trabajos, la vejez era realmente poco abordada –con excepción de trabajos específicos– y no era un tema relevante.

Tabla 1. Comparación de las nociones de muerte y vejez. Conceptos clave.

	Vejez		Muerte	
Ariès	Retiro-senilidad-sabiduría- degradación (Edad Media) Viejo noble (Modernidad) 1830-1850 Retiro-tiempo de latencia 1880-1890 -Progreso-vencer a la vejez. 1910-1920 Institución del retiro-jubilación Hipótesis de triple negación Muerte, vejez y niñez	Visión deficitaria	Muerte domesticada (Edad Media) Muerte de uno mismo (siglos XII a XV) Muerte del otro (siglos XVIII y XIX) Muerte negada o invertida (siglo XX) Rechazo y negación	Negación
Thomas	Culturas del África negra: Viejo garante de la tradición Cultura Occidental: Muerte social del anciano (siglo XVIII)	Visión deficitaria de la vejez occidental	Muerte como pasaje (África) Aceptación realista Muerte negada (Occidente)	Negación
Elías	Proceso civilizatorio Pacificación Negación de viejos y moribundos Vejez = amenaza al control corporal	Visión deficitaria	(siglo XX) Medicalización de la muerte Soledad y aislamiento de moribundos y viejos Secularización de los ritos	Soledad- ocultamiento Aislamiento

MÉTODO

Participantes

La muestra fue de tipo intencional, delimitada según criterios teóricos¹¹. Entre los criterios generales se estableció que los entrevistados fueran personas que se valieran por sí mismas, de 80 años en adelante, residentes de la ciudad de Buenos Aires o del Gran Buenos Aires, sin patologías graves. La participación fue voluntaria, previa explicitación de los propósitos generales de la investigación. La selección de los casos se efectuó de acuerdo a los criterios antes mencionados buscando amplio grado de variación.

¹¹ El muestreo teórico supone que la selección de casos se realiza de acuerdo a su potencial para definir, expandir o generar categorías y conceptos. Este proceso es simultáneo al análisis y codificación, en tanto que a medida que se avanza, se decide qué casos nuevos agregar hasta llegar a la saturación teórica, la cual implica que los nuevos casos no agregan ya información relevante, esto es, que las categorías ya han sido saturadas respecto de sus propiedades (Soneira, 2006).

Procedimiento

Desde un abordaje cualitativo, se utilizó como estrategia la entrevista en profundidad, que se complementó con la observación de las condiciones de enunciación (gestos, silencios y posturas), a fin de enmarcar el contenido de lo narrado. Se realizaron en total dieciséis entrevistas en las que se consideraron diferencias de estrato social¹² y de género, principalmente. Las entrevistas exploraron las distintas etapas vitales¹³, las pérdidas, sus puntos de inflexión (Elder, 1985, 1999; Gotlib y Wheaton, 1997), la idea de muerte propia, la concepción de envejecimiento y las emociones asociadas a estas ideas en la actualidad. La duración de las entrevistas fue de una a dos horas, aproximadamente, y en su mayoría se realizaron en el sitio que dispusiera el entrevistado, por lo general en su residencia.

¹² El estrato social, desde una aproximación cualitativa, resulta de la combinación de aspectos tales como el nivel educativo, los ingresos percibidos, el trabajo realizado y las condiciones de vivienda.

¹³ Se indagaron los eventos significativos que conciernen a las distintas etapas evolutivas -niñez, adolescencia, adultez y vejez-, que producen cambios en las trayectorias individuales, en especial, aquellos eventos que se vinculan a las pérdidas y duelos.

Cabe mencionar que en el presente trabajo se presentan resultados parciales que, sobre todo, pretenden enfatizar la idea de aceptación de la muerte propia, en contraste con la negación que proponen los autores antes analizados. Asimismo, se hace una breve referencia a las distintas concepciones sobre el envejecimiento. Luego de la grabación y transcripción de las entrevistas y registros de campo, se hizo el análisis de la información utilizando el método de comparación constante (Glaser y Strauss, 1967), la que permitió la codificación de los datos de acuerdo a los ejes y categorías principales que se fueron deslindando y perfeccionando paulatinamente.

RESULTADOS

La Tabla 2 proporciona una descripción general de los participantes, de los cuales la mitad fueron mujeres; todos ellos tenían o superaban los 80 años de edad. Aunque no se buscó la generalización estadística a un universo poblacional, estos datos mínimos permiten entender algunas coordenadas básicas de la situación contextual en que se desarrollaron las entrevistas.

Tabla 1. Descripción general de la muestra (N = 16).

		Núm.
Nivel educativo	Nivel primario	5
	Nivel secundario	5
	Nivel terciario	2
	Nivel universitario	4
Residencia	Capital federal	11
	Gran Buenos Aires	5
Situación conyugal	Viudos	10
	Casados	5
	Solteros	1
Beneficio previsional	Jubilados	13
	Pensionados	3
Nivel socioeconómico	Bajo	4
	Medio	10
	Alto	2
Religión	Judíos	4
	Católicos	7
	Sin religión	5

En la Tabla 3 los resultados se estructuran, esencialmente, en dos ejes: aceptación de la muerte y concepción del envejecimiento; asimismo, se resumen de acuerdo al género en lo que respecta a los ejes mencionados y sus dimensiones.

Tabla 3. Ejes principales y dimensiones sobre la muerte y la vejez según género.

Ejes	Dimensiones	Hombres	Mujeres
Aceptación de la muerte	Muerte como proceso natural	5	5
	Muerte como pasaje	1	2
	Muerte deseada, instantánea e indolora	2	1
Concepción del envejecimiento	Envejecimiento como proceso natural	5	5
	Envejecimiento como déficit o deterioro	3	3

En la actualidad, existen múltiples modos de envejecer, sujetos a las diferencias socioeconómicas, de género y culturales. Desde un contexto latinoamericano, se analizan a continuación algunos ejemplos de cómo los mayores de 80 años piensan, sienten y perciben idea de muerte propia. Lo que se define como un aspecto común es la aceptación de la propia muerte, denotado en el grado de planeación respecto de sus bienes, así como en la elección de los diversos ritos y, sobre todo, en la posibilidad de expresar la cercanía de su muerte ante allegados y familiares.

Sin pretender agotar el análisis sobre estos tópicos (muerte y vejez), basten algunos ejemplos breves para ilustrar algunas de las dimensiones.

En cursiva se da cuenta de la descripción del participante, así como de las preguntas del entrevistador (E).

En cuanto a la aceptación de la muerte como un proceso natural, se puede percibir cómo los testimonios siguientes condensan esa forma de concebir la muerte propia.

Enrique, 90 años, empleado jubilado, viudo:
 “Con respecto a la muerte, cómo te puedo explicar... La muerte es parte de la vida, Dios está encima nuestro y sabe cuándo te va a llamar. Pero la persona, el ser humano, tiene que saber cuidarse cuando es joven, no salirse de los carriles como hacen ahora, para que cuando lleguen, como yo, a los 90 años estén sanos y fuertes”.

Julio, 84 años, jubilado, viudo. Destaca que hay orden general en el que la muerte está incluida: “Yo creo que por supuesto todos vamos hacia el mismo final, ¿no es cierto?, que desaparecemos. No tengo dudas de que hay un espíritu, que estamos compuestos de materia y espíritu. Ahora, ¿qué pasa con el espíritu? No lo sé, no lo he vivido”.

E: Y respecto de la finitud, ¿qué posición tiene sobre el fin de la vida? ¿Tiene miedo o no lo tiene?

J: “No, no, porque para mí creo que en eso estoy cierto, que formamos parte de un orden, que hagamos lo que hagamos, nos toca. Y lo que pase no lo podemos modificar; haremos lo que podamos dentro de nuestros límites, pero no modificaremos el orden general nuestro”.

Marta, 82 años, docente jubilada. Destaca que la muerte es una etapa más de la vida a la que no teme.

E: ¿Cómo ve la propia temporalidad, la propia muerte?

M: ¿Mi temporalidad? Esperar; yo estoy en este momento, es decir, ahora.

E: ¿Le tiene miedo?

M: “No, no tengo miedo, pero me da pena no poder seguir viendo a mis nietos, a mi hijo y [...] Pero no le tengo miedo a la muerte. Es una etapa más, como cualquiera de las etapas que uno ha pasado en la vida”.

Por otro lado, la idea del reencuentro con los seres queridos amortigua la angustia frente a ese no saber lo que la muerte significa, al tiempo que la idea de destino encarnada en la figura de Dios tranquiliza la espera. Esperar la muerte es lo que se intenta eludir, la actitud de la espera se troca en esperanza de reencuentro con otros. Pervive la idea de la muerte como pasaje, que aunque no se asocie al encuentro con otros le da sentido al sinsentido que supone pensar en el más allá de la muerte.

Carlos, 80 años, comerciante, jubilado: “¿Si tengo miedo a morirme? No, porque yo sé que hay algo; por lo menos nadie volvió para quejarse, así que debe ser fantástica la vida ahí arriba. Eso sí, no me gustaría sufrir. Yo lo tomo como una cosa natural. Puede ser que sea esta noche o en cinco minutos. Lo que yo pienso es que me voy a juntar con mi hijo”.

Chola 80 años, ama de casa, pensionada: “Y yo seguiré así hasta que Dios diga basta [...] No

tengo miedo a la muerte, la verdad que no. Pienso que me voy a encontrar con mis seres queridos. A veces, cuando extraño a mi marido, a mi mamá, a veces pienso. Lo único que quisiera es que cuando me pase esté atendida en el momento, que no sufra”.

De igual manera, Haydee prefiere “hacerse a la idea” de que después de la muerte hay algo, lo que tiene un efecto consolador que permite sortear la incertidumbre y mermar la angustia.

E: ¿Cree que hay algo después de la muerte?

Haydee, 83 años, pensionada: “Yo creo en Dios, algo hay para mi manera de ver. Yo no sé si habrá, pero por si acaso siempre me hago a la idea que puede ser, ¿no?”.

En muchas de las entrevistas hay un persistente llamado a evitar el sufrimiento, entendido como padecer una larga agonía. Las experiencias de pérdidas previas, que en algunos casos han sido muy dolorosas, producen quiebres subjetivos muy profundos, por lo que se desea evitar ese tipo de muerte. Se evidencia que la buena muerte, la muerte deseada, es por tanto aquella que sucede rápidamente, casi en las dimensiones de lo onírico, como lo reflejan los siguientes testimonios:

Olga, 84, años, ama de casa, pensionada: “¿Miedo?, no, yo siempre rezo. ¿Sabés lo que siempre pienso y digo? Que me quisiera morir como murió mi mamá; cuando fueron a buscarla para tomar el desayuno ya estaba muerta. Yo me quisiera morir así, sin sufrir ni que sufra nadie”.

Juan, 87 años, jubilado, pero aún trabajaba: “Y que me tengo que morir es la cosa más natural del mundo; pienso que algún día tiene que llegar, que es lo más natural; no me afecta. Lo que te digo es que no me gustaría tener que sufrir. Esos tipos que están tirados meses y meses a lo mejor en una cama de un hospital esperando que llegue el turno [...] Quisiera [...] acostarme un día y a la mañana siguiente levantarme muerto. Tengo miedo al sufrimiento, eso sí”.

El tiempo de la agonía instala una temporalidad distinta: “estar tirado a que llegue el turno” significa ya no ser. Se insta una otra lógica y se habita en otro tiempo y espacio. Cuando se produce el pasaje, en donde se está a la espera de la muerte, el tiempo se vuelve puro presente y el futuro es lo inmediato (Castrá, 2003). El lugar se vuelve un *no lugar*; es decir, el hospital es un lugar de paso:

allí se nace y se muere (Augé, 2005; Londoño, 2006). Se trata de una ocupación provisional que interpela profundamente a la identidad, y en este sentido esperar la muerte en el hospital se asocia al sufrimiento. Como una estampa de la época se expone el temor al sufrimiento del que se pretende escapar. En definitiva, se teme más a experimentar dolor que a la muerte misma.

Los distintos testimonios van configurando el canon de la *buena muerte*, aquella que se espera sin dolor y que se anhela rápida e instantánea. Se desea no causar problemas a los hijos o familiares, no ser una "carga". Interesa destacar que se evita dejar asuntos pendientes, y que sorprende cuando eso es explicitado. La sorpresa indica que no está permitido hablar de la muerte, pues está fuera de lugar incluso en el ámbito de lo más privado e íntimo.

La autonomía y la capacidad de decisión anticipada sobre el destino del propio cuerpo es un aspecto valorado. Es preferible decidir hoy y aquí antes de perder la conciencia, aun cuando se trate del propio aviso fúnebre. Es muy significativo el caso de Isidro, dado que frente al deseo de compartir la tumba que le expresara su última esposa antes de morir él toma la decisión salomónica de dividir sus cenizas y colocar sendas mitades en las tumbas de sus dos cónyuges. La planificación de las exequias, los modos de despedida o la incineración o la inhumación son ejemplos de cómo la muerte es aceptada y organizada por las personas mayores. Esta aceptación se legitima y se afirma a través de la dinámica conversacional, que permite poner en palabras y elaborar la propia finitud (Marshall, 1975).

Isidro, 89 años, comerciante, jubilado: «No le temo a la muerte. Pienso que hay un destino que te señala lo que puede pasar. Mirá, te va a llamar la atención. Cuando nos reunimos en el aniversario de mi última esposa esta última vez, mi hija menor estuvo conversando conmigo diciéndome "Papá, ¿cuál es tu idea...?". Y entonces le llevé a mi hija el texto [de la nota necrológica] porque en la colectividad [judía] no se puede incinerar. Entonces, yo le llevé el texto para que se publique el día que me toque a mí, y les dejé los dos textos para las dos tumbas [de sus dos esposas]. "¡Pero papá, vos sos loco!", me dijo mi segunda hija. No, no, soy consciente de que en este momen-

to todavía puedo pensar y puedo preparar un texto. Mañana no sé lo que me puede pasar».

Bety, 80 años, empleada jubilada: «La muerte para mí siempre fue algo natural; el miedo es a tener que depender de otros. Hace un tiempo me llamaron para ofrecirme comprar una parcela en un cementerio privado y yo pensé: "¿Para qué voy a poner plata en eso?". Pero a partir de lo de mi hermano decidí comprar un nicho allá en Pinto. Lo que yo quiero es poder morirme con todo solucionado, resuelto y aclarado. Todo fue siempre planificado en mi vida».

Carlos, 80 años, describe así el modo en se desarrollan los ritos, según los cuales a él le gustaría ser despedido:

"Yo tengo un lote en el jardín de paz".

E: ¿Es un lugar privado?

C: Sí, es un cementerio privado, hermoso, porque ahí da gusto; parece mentira, pero da gusto. Las ceremonias son tan hermosas, con tanto recato, con tanto respeto..., y ahí está el hoyo abierto desde ya, pero está todo con unas alfombras verdes, y después de decir las oraciones o lo que sea, baja el féretro lentamente mediante un sistema que yo no conozco, y ahí terminan de tomar algo".

Asunción aclara que no sólo anhela dejar a sus hijos y nietos los documentos en orden, sino además a su esposo, pues busca evitarles el gasto del cementerio donde descansarán sus restos.

Asunción, 80 años, jubilada: "Hasta mi marido se compró la tierra para que cuando nosotros no estemos más, no tengan que pagar nada. Compramos la pradera hasta cien años pagos. La tierra del cementerio. Ahí está mi cuñada".

E: ¿Cuándo lo decidieron?

A: Cuando murió mi cuñada, que era melliza de él [de su esposo], ahí compramos dos terrenos, fue en el 2004".

Es la muerte del otro la que permite representar la propia muerte, como ya lo destacaba Freud (1918/1995): "Para poder pensar(se) muerto, es preciso identificarse con alguien muerto, la muerte del otro, aparece allí como posibilidad que viene a brindar sentido donde la muerte se torna in-nombrable)¹⁴. Comprar un nicho, un lote, redac-

¹⁴ La lógica del inconsciente es atemporal, y a ello se debe la dificultad de representarse la propia muerte: "Nuestra muerte no nos es representable, frente a ella somos siempre espectadores. La única

tar un epitafio o un aviso fúnebre son acciones que suponen una construcción de finitud previa.

El segundo eje se refiere al envejecimiento y evidencia dos definiciones distintas: por un lado, se lo interpreta como un proceso “natural”, como integrado a la vida, previsible sin hacer énfasis en el deterioro, y por otro, como se constata en los dichos, se asocia a este, al desgaste o a la enfermedad, coincidiendo con las definiciones de la vejez que proponen los autores analizados.

Marta tiene 82 años, es docente jubilada y trabaja algunos días en la semana: «Es una cosa natural de la vida, son etapas; es decir, cuando allá donde trabajo me dicen: “Bueno, ¿y vos vas a seguir?”, digo, “¡Pero qué quieren traerme en carretilla que sea simiente!”. Yo en algún momento voy a decir basta y se terminó. Ellos no, que siga, que esto... Bueno, pero el envejecimiento es algo natural, como las distintas etapas de la vida».

Bety, 80 años, empleada jubilada: “Yo no le temo a la vejez, pues es parte de la vida; le temo a no poder valerme por mí misma y tener que recurrir a otros”.

Chola, 80 años, ama de casa, pensionada: “¡Ah!, tenía miedo. Sí tenía un miedo qué sé yo... Yo digo: ochenta años, ¡cuántos! Pero, no sé, ahora me acostumbré a tenerlos porque no los siento. Tendré... no sé... estaré más lenta al caminar, pero para tener voluntad para hacer las cosas, me siento bien”.

E: ¿Cómo se lleva con su cuerpo, con los cambios?

Ch: “Bien, bien, bien, aunque tomo remedios. Pero estoy bien”.

Irma, 80 años, viuda: “Yo no puedo ni mover las piernas. Tengo que hacer gimnasia acuática, y lo hago porque me duele todo. Tengo artrosis de acá [señala su cabeza] hasta los dedos de los pies, y hay veces que no me puedo mover. Voy viendo la decadencia mía porque traté a tres viejos hasta que se murieron. Entonces voy viendo todo”.

Rino, 80 años, jubilado, casado: «No, no, no percibo nada en mí cuerpo; no va haber cambios bruscos, aparentemente. El cambio va a ser cuando decís: “Hasta acá llegaste, nada más”. No

se sabe, puede ser por accidente o enfermedad, o lo que sea. No lo pienso porque puedo morir, vamos a decir, si es por vejez, por enfermedad o por accidente, no sé. No pienso eso».

Julio, 84 años, viudo: “Noto que he perdido mucha fuerza. A veces quiero hacer cosas y no me dan las fuerzas para hacerlas; me doy cuenta que no tengo la fortaleza, el vigor que tenía en otra época. Aprieto las manos, pero no tengo la fuerza que tenía antes. Eso es sin duda causa del deterioro que va sufriendo el cuerpo a través del tiempo, el desgaste, como le llaman”.

Estos dos modos de entender y afrontar la vejez se relacionan inevitablemente con el estado de salud y la capacidad de funcionamiento. Cuando se aceptan los cambios y se destacan los aspectos positivos, el envejecimiento es un proceso de transformaciones aceptado, esperable y natural. En cambio, cuando se producen variaciones en el funcionamiento y se define exclusivamente en términos físicos, el envejecer se acerca al desgaste, el deterioro o la enfermedad, subrayando las limitaciones corporales.

DISCUSIÓN

La negación, claramente analizada en el nivel social, no se corresponde con las percepciones que los entrevistados expresan; la posibilidad de planificación, organización y representación de la muerte ideal evidencia una previa aceptación; no obstante, debe aclararse que la negación propuesta se refiere a un macrocontexto que no se reitera en el microcontexto de los mayores de 80 años cuando se les concede la palabra.

Se reconoce una concordancia con que destacan los trabajos sobre la representación de la muerte en la vejez (Blanco y Antequera, 1998; Kalish, 1976; Ramos, 1997; Reboul, 1975) en relación a la aceptación que se observa en esta última etapa de la vida. De cualquier forma, aunque no se niega la muerte como suceso, no existe tampoco una preocupación marcada por el hecho de morir (Durán, 2004). Lo que sí inquieta a muchos adultos mayores es pensar en el posible sufrimiento que la muerte puede acarrear.

El canon de la muerte en la actualidad coincide con la evitación del sufrimiento y el dolor

posibilidad de volverla representable es a través de la experiencia del otro” (Freud, 1918/1995: cfr. también Mannoni, 1992).

(Marí-Klosé y Miguel, 2000). Se desea morir durmiendo, de forma repentina y a una edad avanzada. Estas características, que dibujan el paisaje de la muerte ideal, la esgrimen en definitiva como una “no muerte”. Dicho canon se reitera en las palabras de los entrevistados en el presente trabajo, sobre todo al enfatizar la evitación del dolor y el sufrimiento.

Algunos trabajos sobre el lugar de las prácticas espirituales de los ancianos en contextos rurales o periféricos mexicanos señalan que las creencias aumentan y se consolidan después de los 60 años, al tiempo que aparecen diferencias de género (Vázquez, 2001, 2010). Los resultados aquí reseñados, más allá de los diversos credos, demuestran que existe una fuerte idea de Dios como figura que guía el proceso de morir y que permite afrontar la idea de muerte propia con menor incertidumbre. Resultados similares han sido revelados en un estudio realizado con población anciana del norte de México, sobre todo en lo que concierne a la clase media baja (Rivera y Mancinas, 2007).

Merece la pena destacar que el proceso conversacional permite de algún modo elaborar la idea de finitud, expresar deseos e inquietudes y compartir sentimientos, bienes y, en definitiva, esa experiencia tan humana y al mismo tiempo tan insondable (Marshall, 1975).

La relación entre fechas significativas, institucionalización y muerte no ha sido mencionada hasta ahora, de manera que queda pendiente de indagar ese vínculo que ha revelado interesantes resultados acerca de una mayor mortandad en fechas cercanas a las fiestas, aniversarios o cumpleaños (Quintanar, 2007).

Respecto a las concepciones acerca de la vejez, la dimensión que la define como un proceso natural y esperable se corresponde con la perspectiva que plantea Erikson (2000) acerca de la integridad, proceso que implica una aceptación e integración de esta etapa de la vida y que denota una actitud que se acerca a la sensación de que se ha vivido bien la vida. Asimismo, hallazgos similares han sido encontrados en Colombia (Nieto, Cerezo y Cifuentes, 2006), México (Garay y Ávalos, 2009) y Venezuela (Fernández y Reyes, 2000) sobre la dualidad en la forma de entender la vejez. Sin embargo, algunos de estos trabajos destacan con más

relevancia algunos aspectos positivos, como el bienestar, la actividad o la sabiduría, lo que probablemente se explique por las diferencias de contexto sociocultural.

La segunda dimensión que define a la vejez como un proceso de deterioro —aunque no tan significativa en el presente estudio— concuerda con la perspectiva de los autores analizados acerca de su visión deficitaria. Algunas investigaciones sobre la percepción social de esa etapa concluyen que tal modo de entender la vejez, sustentado en los aspectos negativos y un estado de salud deteriorado, continúa siendo dominante (Candas y García, 2006; Marín, Troyano y Vallejo, 2001). Sobre este punto, es interesante reparar en los resultados de un estudio efectuado en Mar del Plata, Argentina, sobre la génesis de la representación social de la vejez en niños (Monchietti y Sánchez, 2008), cuyas conclusiones demuestran que esta última etapa de la vida es caracterizada desde la infancia como un proceso exclusivamente vinculado con la pérdida de capacidades y el padecimiento de enfermedades.

Retornando al objetivo inicial propuesto, se ha confrontado aquí la idea de negación de la muerte en Occidente planteada por Ariès (1983), Thomas (1975/1993) y Elías (1989) con la aceptación de la muerte propia en los mayores de 80 años. En relación a la definición de vejez como deterioro que proponen esos autores, se ha constatado que existen dos modos de comprender el envejecimiento. Si bien una de las formas de entenderlo coincide con el enfoque deficitario, hay una concepción de vejez como proceso natural, aceptado y esperable. A partir de los resultados encontrados, se evidencia que no hay diferencias marcadas en lo concerniente al género; no obstante, debido al carácter exploratorio y descriptivo del estudio, es tarea de futuros trabajos la ampliación y profundización de esos resultados.

Se resume a continuación algunos puntos nodales que configuran la construcción de la finitud en este momento del curso vital y el modo de concebir el envejecimiento.

En primer lugar, los viejos mayores de 80 años pueden hablar sin tapujos de su propia muerte, lo que supone ya la aceptación y elaboración previas de la idea de finitud. En efecto, la muerte deja de ser tabú en este momento del curso vital, para pasar a ser un proceso integrado a la vida. La

muerte se define como un suceso natural o como un pasaje a otra vida sustentado en la idea del reencuentro con otros. La idea de muerte como pasaje, si bien en contextos diferentes, retoma la conceptualización que Thomas (1975/1993) propone para las culturas del África negra. La categoría de la muerte *deseada* ha estado modelada a partir de la metáfora de lo instantáneo, del sueño: morir dormido es morir sin percatarse, sin sufrir y sin hacer sufrir a los otros. De allí que la idea de miedo se asocie fuertemente con el sufrimiento y la agonía prolongada que se pretende eludir.

En segundo lugar, sobre el modo de entender a la vejez cabe destacar que fue en general

considerada como un proceso natural, como una etapa más de la vida, a pesar de que algunos entrevistados señalaron que se trataba de un proceso patológico asociado al deterioro físico. Como tercer punto, este referente de la temporalidad, se sugiere que el futuro es finito; en consecuencia, la muerte es posible y el presente es muy valorado.

Por último, se advierte que la planificación y organización del destino corporal y de los ritos subsecuentes demuestran la capacidad de los ancianos para aceptar la muerte propia no de una manera trágica, sino realista, consciente y esperanzada.

REFERENCIAS

- Alves de Oliveira, J.B. y Gelehrter, R.G. (2008). O proceso de luto no idoso pela morte de cônjuge e filho. *Psicologia em Estudo*, Maringá, 13(2), 217-221.
- Ariès, P. (1975/2007). *Morir en Occidente, desde la Edad Media hasta nuestros días*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Ariès, P. (1987). *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus.
- Augé, M. (2005). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Baltes, P.B. y Mayer, K.U. (1999) *The Berlin Aging Study*. New York: Cambridge University Press.
- Blanco P., A. y Antequera J., R. (1998). La muerte y el morir en el anciano En L. Salvarezza (Comp.): *La Vejez: una mirada gerontológica actual* (pp. 379-406). Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, P. (1985). Los ritos de institución. En P. Bourdieu (Ed.): *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.
- Butler, R.N. (1975). *Why survive? Being old in America*. New York: Harper & Row.
- Candas, S. y García, O. (2006). Perspectiva de la tercera edad acerca de la mirada de los "otros" sobre la vejez. *Revista Electrónica de Psicología Política*, 4(12). Disponible en línea: http://www.psicopol.unsl.edu.ar/oct06_notas1.htm (Recuperado el 15 de febrero de 2011).
- Castra, M. (2003). *Bien morir. Sociologie des soins palliatifs*. Paris: PUF.
- Cumming, E. y Henry, W.E. (1961). *Growing old: The process of disengagement*. New York: Basic Book Inc.
- Dixon, R. (2002). El concepto de ganancia y sus mecanismos en el envejecimiento cognitivo. En: D. Park y N. Schwarz (Comps.): *Envejecimiento cognitivo*. Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Durán M., A. (2004). La calidad de muerte como componente de la calidad de vida. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 106(4), 9-32.
- Elder, G.H. Jr. (1985). *Life course dynamics*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Elder, G.H. Jr. (1999). *The life course and aging: Some reflections*. Los Angeles, CA: University of California Press.
- Elías, N. (1989). *La soledad de los moribundos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Erikson, E. (2000). *El ciclo vital completado*. Barcelona: Paidós.
- Fernández, L. y Reyes, L. (2000). La vejez y su representación social. *Croizatia, Revista Multidisciplinaria de Ciencia y Tecnología*, 1(2), 16-23.
- Freud, S. (1918/1995). *Reflexiones sobre la guerra y la muerte*. Buenos Aires: Ediciones Amorrortu.
- Gamo M., E. y Pazos P., P. (2009). El duelo en las etapas de la vida. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 29(104), 455-469.
- Garay V., S. y Ávalos P., R. (2009). Autopercepción de los adultos mayores sobre su vejez. *Revista Kairós*, 12(1), 39-58.
- Gastrón, L., Oddone, M.J. y Lynch, G. (en prensa). Ganancias y pérdidas a lo largo de la vida. En L. Tarditi, C. Urbano y J. Yuni (Comps.): *El proceso de memorización en los adultos mayores*. Catamarca (Argentina): Universidad Nacional de Catamarca.

- Giddens, A. (1998). Sociedad de riesgo: el contexto de la política británica. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 13(3), 517-528.
- Glauser, B.G. y Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory: Strategies for qualitative research*. Chicago, ILL: Aldine.
- Gorer, G. (1965). *Death, grief and mourning in contemporary Britain*. London: Cresset.
- Gotlib, I.H. y Wheaton, B. (1997). Trajectories and turning points over the life course: concepts and themes. En I. H. Gotlib y B. Wheaton (Eds.): *Stress and adversity over the life course: Trajectories and turning points* (pp. 1-25). Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Kalish, R.A. (1976). Death and dying in a social context. En B. Schaie y Sloane (Eds.): *Handbook of aging and the social sciences*. New York: Van Nostrand.
- Kovács, M.G. (2008). Desenvolvimento da Tanatologia: estudos sobre a morte e o morrer. *Paidéia*, 18(41), 457-468.
- Krivoy, S., Tabasca, M., Adelaide, W. y Díaz, M. (2010). El dolor en la historia. En C. Aoñun Soulié y L. Briceño I. (Eds.): *Colección Razetti, X* (pp.163-224). Caracas: Ateproca.
- Labouvie-Vief, G. y DeVoe, M. (1991). Emotional regulation in adulthood and later life: A developmental view. En K.W. Schaie (Ed.): *Annual review of gerontology and geriatrics* (pp. 172-194). New York: Springer.
- Londoño P., O.L. (2006). *El lugar y el no- lugar para la muerte y su duelo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Mannoni, M. (1992). *Lo nombrado y lo innombrable. La última palabra de la vida*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Marí-Klosé, M. y Miguel, J.M. (2000). El canon de la muerte. *Política y Sociedad*, 35, 115-143.
- Marín, M., Troyano, Y. y Vallejo, A. (2001). Percepción social de la vejez. *Revista Multidisciplinaria de Gerontología*, 11(2), 88-90.
- Marshall, V. (1975). Socialization for impending death in a retirement village. *The American Journal of Sociology*, 80(5), 1124-1144.
- Mather, M. y Carstensen, L.L. (2005). Aging and motivated cognition: The positivity effect in attention and memory. *Trends in Cognitive Science*, 9, 496-502.
- Minois, G. (1987). *Histoire de la vieillesse, De l'antiquité à la Renaissance*. París: Fayard.
- Monchietti, A. y Sánchez, M.L. (2008). Acerca de la génesis de la representación social de la vejez. *Revista Argentina de Sociología*, 6(10), 143-150.
- Neboit-Lapierre, N. (1983). Une histoire de la vieillesse? Entretien avec Philippe Ariès. *Communications*; 37(1), 47-54.
- Nieto M., E., Cerezo C., M. y Cifuentes A., O.L. (2006). Representaciones de la vejez en relación con el proceso salud-enfermedad de un grupo de ancianos. *Hacia la Promoción de la Salud*, 11, 107-118.
- Oddone, M.J. y Gastrón, L. (2008). Reflexiones en torno al tiempo y el paradigma del curso de vida. *Perspectivas en Psicología*, 5(2), 1-9.
- Olvera S., M. y Sabido R., O. (2007). Un marco de análisis sociológico de los miedos modernos: vejez, enfermedad y muerte. *Revista Sociológica*, 22(64), 119-149.
- Quintanar O., F. (2007). Replicación de los resultados de Baltés, sobre la muerte de ancianos asociada a eventos significativos. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 10(1), 110-132. Disponible en línea: <http://www.ojs.unam.mx/index.php/repi/article/viewFile/18984/18010> (Recuperado el 20 de noviembre de 2010).
- Ramos, F. (1997). Psicología de la muerte y la vejez. En J. Buendía (Comp.): *Gerontología y salud. Perspectivas actuales* (pp.169-182). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Reboul, H. (1975). Le Vieillard et l'après-mort: Notes sur l'état d'une recherche. *Archives de Sciences Sociales des Religions*, 20(39), 169-174.
- Rice, C., Löckenhoff, C. y Carstensen, L. (2002). En busca de independencia y productividad: cómo influyen las culturas occidentales en las explicaciones individuales y científicas del envejecimiento. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 34(1), 133-154.
- Rivera N., J. y Mancinas E., S.E. (2007). El anciano ante la muerte: análisis del discurso en el noreste de México. *Estudios Sociológicos*, 25(2), 341-367.
- Salvarezza, L. (2002). *Psicogeriatría. Teoría y clínica*. Buenos Aires: Paidós.
- Soneira, A.J. (2006). La teoría fundamentada en los datos (*Grounded theory*) de Glauser y Strauss. En I. Vasilachis de Gialdino (Coord.): *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.
- Thomas, L.V. (1975/1993). *Antropología de la muerte*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Turner, V. (1969/1988). Liminalidad y comunitas. En V. Turner (Ed.): *El proceso ritual. Estructura y antiestructura* (pp. 101-136). Madrid: Taurus.
- Vázquez P., F. (2001). La espiritualidad como estilo de vida y bienestar en el último tramo de la vida. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 48, 615-634.
- Vázquez P., F. (2010). Diferencias religiosas entre ancianos y ancianas rurales. *Al Sur de Todo, Revista Multidisciplinaria de Género y Cultura*, 3. disponible en línea: http://www.alsurdetodo.cl/documentos/doc_022_100909110932.PDF (Recuperado el 11 de noviembre de 2010).

